



CAMINO DEL KIBÓ

EN LA SELVA ⁽¹⁾

Tarde del Viernes 12 de Septiembre 1930. - Paso por un encinar, y vienen diversas clases de árboles semipodridos por la humedad. La senda sigue por entre un enmarañado de vegetación virgen; senda estrecha que los animales salvajes utilizarán de continuo. Voy por ella como el náufrago que no sabe a dónde lo llevarán las aguas; ignorante de la playa o las rocas, en las que quedará su cuerpo. El bosque se va haciendo más espeso. Empieza a notarse frío. La esperanza y la fé me arrastran.

El ruido de unas pisadas me hace mirar atrás. ¡Oh, parece que viene el negrito que hace unos minutos tanta conversación me ha dado! ¿Adónde irá? Lleva en la mano un machete como el que usan todos los indígenas para sus diversas operaciones. ¿Marchará a cortar algo de leña para llevarla a su casa? Cuando he doblado la vista, él ha corrido y en dos zancadas se ha puesto a mi lado. Me hago de momento el desentendido, pero pronto tengo que mirarlo. Su verborrea fácil y simpática obliga a atenderlo, aunque no se le entienda nada de lo que dice.

Continuó caminando por el sendero, y él viene detrás.

Ya no se ven claros en el bosque; la selva se cierra; es más espesa su frondosidad. La grácil línea del sendero agudiza más las imágenes primeras, en que yo me represento al caso del náufrago.

Ramaje, negruras; humedad avasalladora; musgos y líquenes en las ramas. Los pobres árboles, como protestando de tanta tenebrosidad. Ambiente severísimo y áspero. No es la selva africana lo que parece: no se baña en salud. Tiene el sello fatídico de la humedad, y por lo tanto, la consiguiente gangrena, y lo que es peor, la parálisis. Los árboles fornidos suben hasta mirar a la esfera, y la libertad de espacio de los salva. El ramaje menudo y las otras plantaciones padecen anemia grave por efecto de tanta agua y por los malos tratos que los corpulentos y veteranos jefes

(1) Fragmentos del libro en preparación, de nuestro querido presidente de la sección vizcaína en el que relata con la amenidad acostumbrada, sus interesantes excursiones por tierras asiáticas y africanas. Un libro de interés y emoción que a ningún montañero debe faltar.

del bosque dan a sus vidas. Las primeras sugerencias de los temidos cercos han sido para mí demasiado fuertes.

Los monos y el animal rubio.—Estaban mis pensamientos divagando sobre lo inclementes que hasta en el reino vegetal son los poderosos y un ruido me ha sobreco-gido. ¡Tras-tris!— ¡Gi-gí—ki-ki—gui-ri-ri!

Toda la silenciosa compostura del negrito se ha bañado en un alegrón de los más intensos. «¡Jijiji, kicheeche!—¡Jijiji, kicheeche!», dice, y hace que yo rápidamente mire a las ramas. Allí están tres grandes monos, que han saltado para huir de nuestra vista a las ramas altas. Allí están, y veo que uno, para esquivar mi mirada, salta a otros árboles. Ahora el negrito se ríe con más fuerza que una persona mayor; ríe con toda «su alma», y su cuerpo entero acciona con la risa. «¡Jijiji, kicheeche! ¡Jijiji, kicheeche!»

Viéndole reír tan satisfecho y tan maliciosamente, se me van de momento algunos temores de la selva, cuando la impresión parece que debería haberse agudizado más por la presencia de los bichos.

No habrán llegado a diez los pasos dados, cuando un animal del tamaño de un lobo y de forma casi igual a él, pero con pelo rubio rojizo, cruza a unos metros de nosotros el camino, y de un prodigioso salto se mete en unos matorrales. Nos ha impresionado y hemos quedado como clavados en tierra. El negrito me ha agarrado como antes del brazo, pero no se ha reído. Esta seriedad me pone a mí también serio, más serio de lo que estaba.

Sigue la selva con su espesura. Se sienten cada vez más las humedades e impresionan los interminables fondos de sombra que se alargan por todas partes.

¡Más monos! Estos son jóvenes, de un color agrisado. Suben hasta las altas ramas. Vuelve a agarrarse a mí el negrito; pero ya su risa se ha convertido en sonrisa, y sus palabras en apagadas pronunciaciones bucales.

¡Qué instinto más fino y más puro el de este muchacho! Viendo todos estos inconvenientes de la selva, ¿a qué lugar se encaminará con su machete? ¿A dónde irá? Siguen las interrogaciones para mí al mirarlo.

Me da mucha pena verlo semidesnudo, y sobre todo ver sus pies descalzos, que pisan este sendero frío y resbaladizo. ¡Pobres pies! Los tengo yo como un sorbete, a pesar de ir calzado y llevar dos pares gruesos de calcetines de lana; así que este pobre muchacho tiene que estar completamente helado.

El Riachuelo.—Ruido del agua de algún riachuelo a poca distancia de nosotros. Hacia él me dirijo para llenar la cantimplora y tener provisión de líquido a la noche.

Al dejar la senda y pasar rectamente por los arbustos para ir hasta el río he creído que el negrito me dejaría para seguir su extraño rumbo; pero ¡ca!, viene detrás de mí. El enigma se acrecienta...

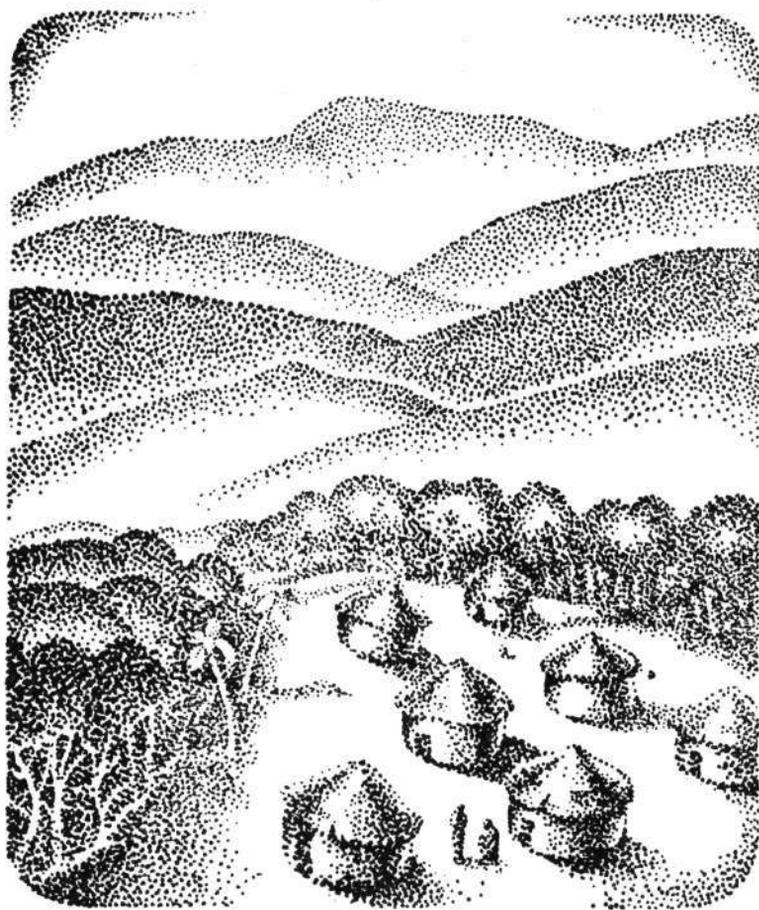
Mientras lleno el bidón en las heladas aguas, el chaval no pierde el tiempo: se lava la cara y se frota las manos con una piedra, como si se jabonase. ¡Qué maña tan especial se dá! Me regocijo mirándolo. Yo voy a marcharme y él parece que se va a quedar en río.

¿Donde está la senda? ¿Me he perdido?... ¡Dudas!... ¡Gracias al chaval: si nó...! Le he gritado, y lo veo a unos veinte metros, en el verdadero camino. Su mirada ha

sido para decirme: «¿Conozco bien la senda, eh?» «Ya lo creo que la conoces, ¡como que gracias a tí...!»

Seguimos caminando como antes, yo delante y el detrás.

Ruido de aleteo de aves, chillido de algún mono y la selva interminable, severa, profunda, misteriosa, amenazadora, traidora, cruel, que no quiere abrirse. La selva que sigue tan hermética tan solapada, tan enigmática, y nosotros que la cruzamos sin saber a dónde nos llevará el humilde senderito que sigue y sigue como sino se cansase.



«**Temboe**» — Por fin, algunas calvas, algo de azul entre las ramas, árboles más espaciosos, aire más cálido. A nuestros ojos aparecen unos claros del bosque, donde hay hierba muy alta y toda amarilla.

Tanta cantidad y tan blando excremento hallo en el camino, que, ante el desconocimiento y curiosidad de qué animal puede ser, y suponiendo sea de elefante, ceso

un momento de andar para hacer el diseño de uno de ellos en el cuaderno de notas y mostrándolo ami acompañante. «In-dío. temboe» me dice el chaval. (Sí, el elefante). Un «in-dío» tan suave, tan cerrado, tan anunciador de algo, que me atemoriza. ¡Sí, el elefante!...

¿Dónde pasará la noche, ya que en todas partes no hay si no bichos? ¡Estamos buenos! Yo que creía que estos claros del bosque tendría algún rincón donde guarecerme, me encuentro ante tanta huella de proboscido. Aquí a estos limpios espacios deben de venir a menudo los mastodontes, porque la hierba que vemos se encuentra aplastada y llena de restos de sus comidas. ¡Adelante! No hay más remedio que buscar solución al problema. Pero ¿dónde? ¿cómo? Pasamos por un lugar que estaría muy adaptado para dormir; mas también como los anteriores nos muestra marcas y excrementos en gran escala.

¡Sigo! Otra vez la senda. Tenebrosidades más cerradas que antes nos acechan; no se ven claros en su fondo. Dentro de una hora o antes se nos hará de noche. No podemos ir por ahí calculo, hay que retroceder. Al volver me resigno y medito: Prefiero morir del golpe de trompa de un elefante, que no solapadamente en las tenebrosidades, del traidor asalto de un leopardo, pongo por caso. Voy pues, al lugar de los claros, donde están las amarillas hierbas repletas de excremento y donde he visto unas retamas que pueden hacerme gran compañía en la noche, si no tengo la desgracia de caer antes en las garras de alguna fiera. El negrito me sigue...

En el Circulo de las Retamas.—*Noche del 12 de Septiembre.* Henos ya en el claro del círculo de retamas, sentados en la pajiza hierba, seca por los malos tratos que le dan los mastodontes. Henos junto a los montones de excremento en el mismo lecho de los elefantes, que hoy tendrán que dormir en otro lugar si no se enfurecen y nos sacan a "trompazos" de la primera embestida.

Ya no puedo dudar: el negrito me quiere seguir, y esta noche, según veo, dormirá junto a mí, porque ¿cómo va a marcharse, e ir sólo por la selva? ¡Sería su muerte!

Conserva la misma campechanía que en un principio, y no cesa de hablar. Su gran tranquilidad resulta un extraño fenómeno en un muchacho como este, malamente denominado salvaje, que ha dejado su hogar (seguramente sin decir nada a sus padres), me ha seguido y tiene que pasar la noche con un desconocido, además opuesto por la civilización en todo a su raza ¡Algo maravilloso! Podría quedarse conmigo, receloso, medroso...; ¡pero tan tranquilamente!...

Se me representa a aquellos espíritus de que nos hablan las historias: un espíritu del bien. Mirándolo pienso: ¿Puede ser éste a quien veo y oigo una persona de carne y hueso que habite allí en Marangu? ¿Habrá nacido y vivido siempre el negrito en aquella aldea de abajo próxima a la selva? ¿No será algún enviado que jamás ha existido en la tierra y que cumplida su misión me deje y desaparezca a regiones ultraterrenas?

Es raro en verdad este caso, y casi milagroso. Seguirme a la hora crítica (atardecer), acompañarme, enseñarme el camino en mi ligera desorientación, y ahora ayudarme tanto con su santa compañía. Y ayuda tan grande, que con él quedan mermadas muchos de las fuertes impresiones de la selva, porque ante su inteligencia sorprendente hay que doblegarse

Delgadito, casi esmirriado, ágil y sagaz, es el fino representante de su raza. ¿Qué niño blanco de siete u ocho años tiene tan finos y agudos conocimientos como este privilegiado niño negro?

Ningún ruido de la selva pasa inadvertido para él; a todo presta atención, vista de lince, no sé por qué me parece, que ha llegado a conocerme a mí tan bien como a su padre. Lo demás, ¿cómo puede tener un muchacho de éstos tanta tranquilidad, tanta familiaridad, con una persona a quien hace dos horas ha visto la primera vez en el mundo? ¿Estará engañado? ¿Pensará de mí que soy algún poderoso de la tierra? Engañado no está, ni debe pensar en cosas fantásticas, porque me mira con tanta naturalidad, se vé tan claramente la falta de asombro en su rostro, que yo no tengo ese poder casi de suficiencia, de dominio, que él tiene para llamarme, expresarse con gestos e ideas y quedarse ante mí igual que ante sus hermanos. Yo soy el sorprendido, el admirado de todos sus actos, el maravillado de sus grandes facultades anímicas.

La ración.—Hace mucho frío, y esta noche vamos a quedarnos helados. Atento a todos mis movimientos el chaval, cuando ha visto que he cogido la mochila para disponerme a comer, la alegría ha transformado su expresivo rostro de futuro hombre de acción (¿no es ya todo un hombre, este al parecer muchachito?). Reparto la ración: pan, uno de tantos botes de dulce, leche condensada y unas galletas. Muy goloso, chupa y requetechupa las latas. ¡Y con qué apetito ha comido! Si me descuido es capaz de engullir todo lo que porto en el morral.

Está contentísimo; pero ahora le voy a poner más satisfecho, saco las medias inglesas y se las pongo. ¡Ya me parecía: contentísimo y requecontentísimo! Todavía falta el sombrero—¡Qué castizo está el negrito con el sombrero!— Y para que tampoco tenga frío en el cuello y en el escote, lo enrolló a guisa de bufanda con una toalla.—“¿In-dio, eh?”, le digo.—“¡In-dio!” me contesta. (“¿Está bien, eh?” “¡Sí; está bien!”)

¡Así cuando menos, no me das tanta lástima! Sufría al verte sin ropas, con ese pinjajo sucio que no abriga nada.—¡Qué majo el chaval! ¡Parece otro! El sombrero blanco le encaja divinamente, y las medias cubren, además de sus piernas, sus finos muslos.

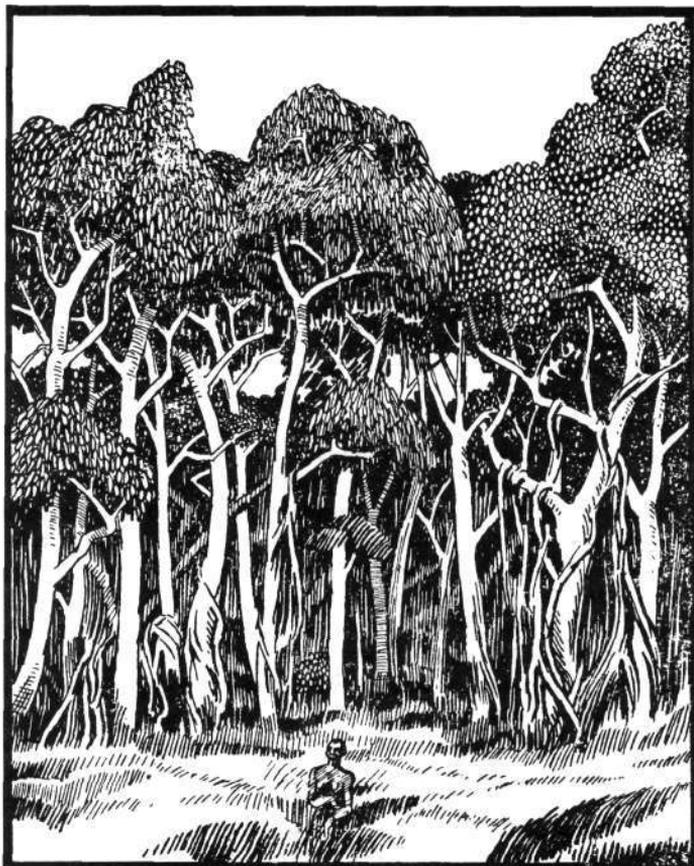
Tú ya estás. Ahora falto yo. Me quito los zapatos (emplasto hindú), cubro mis pies con unos calcetines de lana limpios y secos y pongo encima de ellos dos toallas a modo de escarpines; las bandas, en las piernas; la cabeza y parte de la cara cubiertas con el pasomontañas; levanto la solapa de la americana .. y a esperar la noche, que se nos hará interminable. Estos preparativos nos hacen olvidar de momento el gran drama que nos rodea.

Cantos, chillidos y ruidos.—Todavía no podemos tumbarnos; estamos en la hora crepuscular, y las aves y animales refugiados en la selva han empezado hace unos momentos sus barullos. ¡Qué ruidos! Algo que aterra en estas soledades, algo que impone a quien no está acostumbrado. Cantos de aves, aullidos de animales, chillidos de monos, movimiento de ramas y hasta algún suave mugido de elefante, al que el negrito ha prestado gran atención para susurrarme después misteriosamente:—“¡Tembóe temboe!”— (“¡El elefante el elefante!”).

Estamos aquí sentados, en actitud de dos prisioneros de las tenebrosidades de la selva y de los animales que en ella se guarecen.

Cuando la noche nos diga: «Podéis tumbaros», nos tumbaremos; pero por mi parte —a pesar de la resignación a todo—será para estar alerta más que para dormir, para vigilar constantemente cualquier ruido que pueda constituir un peligro para nosotros.

Está cayendo la escarcha. No queda ningún animal que para despedirse del día deje de dar su canto, grito o aullido; así que a medida que anochece el jaleo se intensifica hasta adquirir elevados grados de sonoridad. Le siguen haciendo gracia al chaval estos ruidos, y con gran tranquilidad se ríe—sin carcajada—, enseña sus amarillos dientes—no tiene en ellos la blancura corriente en los negros—y su rostro adquiere una expresión fuerte.



Unidos en cuerpo y alma. No solamente no podremos dormir aquí (al menos yo), sino casi ni estar quietos. El frío se nota cada vez más, y el rocío va dejando todo humedecido, con humedad que también podemos llamarla africana. Ni lloviendo queda tanta agua en la superficie. Estamos mojados casi igual que si hubiésemos resistido alguna llovizna, y no nos queda otro remedio que encoger nuestros cuerpos para sentir menos frío y movernos de vez en vez quedándonos después como los caracoles: acurrucados entre las ropas.

Para defendernos contra estos enemigos atmosféricos hemos juntado ahora nuestros cuerpos y nos golpeamos el uno y el otro. Los dos formamos una unida masa a la intemperie; los dos somos un bulto negro de ropas y carne; tan unidos, tan pegados y con pensamientos probablemente tan iguales, que mirando superficialmente y casi interiormente no podría saberse quién es el blanco y quién es el negro.

El blanco y el negro son dos hermanos unidos por un mismo sentir, calentados mutuamente con idénticas calorías en la sangre y respirando mucho del aire expulsado por uno y otro indistintamente. El cruza sus brazos por mi torso; yo cruzo los míos por su cintura

¡Qué caso más extraño esta tan cerrada unión de dos seres que jamás se han visto hasta hoy, y tan distantes por sus civilizaciones! Aunque hay que pensar que los hombres son generalmente los mismos en el fondo.

No ha tardado el pobre muchacho en dormirse. ¡Duerme querido negrito que yo estaré alerta, yo velaré por tí!

No puedo dormir. Los monos y las aves no han cesado de chillar hasta las ocho y media o nueve. Para las diez todos han callado. ¡Silencio como de camposanto aldeano, que deja atender hasta los más finos movimientos de la vegetación, movida por la brisa! ¡Silencio cerrado y húmedo, que enfría a plantas, animales y personas! ¡Silencio casi de muerte! Tengo semihelados los muslos por la delgadez de la tela del pantalón, y me veo precisado a coger unas hierbas y a atármelas con unos pañuelos, cubriendo con ellas lo que puedo.

Esta noche se me va hacer interminable. He mirado al reloj un sin fin de veces. Cuando noto que el pobre chaval se va quedando frío, le despierto y le obligo a que haga ejercicio. Los dos nos ponemos de pie y subimos y bajamos las piernas como si corriésemos; luego movemos los brazos y después nos golpeamos mutuamente la espalda y los costados, y cuando logramos reaccionar nuestros cuerpos, nos tumbamos de nuevo bien unidos, formando el compacto montón de carne, huesos y ropa. El negrito pronto queda de nuevo dormido. ¡Qué gran despreocupación!

Van pasando las horas ya no "pego ojo" cada vez noto más frío. Parece que el reloj sube con esfuerzo hasta las 12. Desde media noche como si tuviese un descenso, noto que se me pasa más rápidamente el tiempo. Escarcha más penetrante y traidora a estas primeras horas de la madrugada.

El cuerpo de este hermano negro entre mis manos hace que las angustias de la selva se me dulcifiquen; sintiendo sus latidos y oyendo su rítmica y reposada respiración parece que poseo la boya salvavidas en este aparentemente pequeño temporal, me está salvando. Es mi ángel tutelar, sin dudas de ninguna clase.

¡Ángel de la alegría! *Sábado 13 de Septiembre.* Estar alerta a los ruidos, mover las extremidades y mirar al reloj han sido las operaciones principales durante la noche, y ellas hablan más claramente de mi situación en el círculo de retamas que las divagaciones que sobre el no dormir pueda hacer.

Sin embargo, ninguna preocupación ha podido turbar la paz angelical de mi compañero, y su sueño se ha deslizado tan natural como si lo hubiese hecho en la choza de sus padres.

Le he despertado a las cinco y media, para estar preparados y atentos a la salida de los bichos de sus refugios.

¡Oh ángel de la alegría! ¡Ángel de la risa permanente! (Pues hasta durmiendo reías) Medio dormido aún, ya te hace gracia todo.

Ahora no son los monos, ni las señales de elefante, los que te hacen reír; no ves nada que pueda extrañarnos. ¡Y ríes, ríes! Pero tu risa es la representación de la pureza interior; tu risa surge espontánea por la alegría que te inunda; alegría, al verte junto a mí; alegría al encontrarte de nuevo en tu familiar paisaje, el que tan bien conoces. Alegría porque eres un ángel ¿cómo dudarlo? Y siendo un ángel, ¿qué puedo temer con tu presencia?

Esperamos sentados a que amanezca, como quien aguarda a que pase una tormenta. Esta hora de la madrugada es muy peligrosa en las selvas: hora en que los bichos dejan su lecho hambrientos y se lanzan sobre lo primero que encuentran.

¿Cómo te diré que no puedes venir conmigo?—Quiero entenderme con el negrito: explicarle mi rumbo, saber su intención, por qué desea venir conmigo .. Pero mis palabras no logran sino ponerle más alegre, darle más cuerda a su conversación y más naturalidad a sus expresiones.

Simpático negrito, ¡qué pena me das, cuando al mirarte pienso que he de dejarte aquí! Que aquí ha de terminar nuestra relación, probablemente para siempre, que ya no podré sentir tu risa, ni gozar de tu optimismo, ni tenerte entre mis brazos; que sintiéndolo mucho tendré que romper tu hechizo ilusorio, porque ¿qué de cosas no habrán desfilado por tu optimista espíritu?

¿Con qué palabras te voy a decir que no puedes venir conmigo? ¿En que forma me despediré de tí? ¿Cómo te haré comprender que debes volver de nuevo donde tus padres? Todo esto reflexiono mientras te miro, y todo esto me amarga y es una punzante espina que clavada en mi sentir me produce dolor.

¡No puedo, no dejarte friamente! ¡No puedo, no, olvidarte como a una de esas personas a quien no veremos más! Ya siempre serás para mí un hermano, un hermano a quien siempre querré: el hermano negro del Kilimanjaro y por eso mi despedida tiene que ser como de familiar.

Mi mayor satisfacción sería poder llevarte al Kibó, pero no puedes acompañarme por muchísimas razones: eres muy joven y tantos días de marcha te traerían alguna enfermedad; es imposible que puedas resistir frío tan intenso como el que allí arriba tendremos y aguantes varias noches parecidas a ésta: te encuentras medio desnudo y sin calzado para las rocas y hielos: en la mochila no llevo lastre sino para una persona, y muy escaso. Nos pueden acosar las fieras, y si este temor llegase a ser real, no quisiera que tu vida quedase por mi culpa en las garras de alguna de ellas...

Por todo esto, y por muchas razones más que explicaría, tengo que dejarte, (dejarte; ¡qué palabra más traidora!) Dejarte contra mi sentir y el tuyo; dejarte, porque mis pensamientos llevan un rumbo fijo, y esa trayectoria debe ir directa a su destino, que en este caso es el Kibó. Yo he venido hasta aquí, casi más que por otra cosa ver de tocar y admirar al gigante africano (idea romántica). ¡Comprenderás querido negrito, por qué después de tantos días de viaje no puedo abandonar mi camino!...

Ya por fin, me decido a darle las explicaciones más claras para que se dé cuenta de su situación y la mía. Ha amanecido, y no quiero entretenerme demasiado, pues debo dejar lo antes posible estos cierres para ganar altura. Empiezan a molestarme, como ayer, tanto ruido, grito y canto en la selva. Tengo ansioso afán de estar en el campo libre.

Despedida amarga.—Para demostrarle más marcadamente al chaval mis intenciones, empiezo quitándole el sombrero (¡lo que ha sentido el pobre!), y seguidamente las medias, que me harán mucho servicio en las noches venideras. Este acto ha sido una herida más a mi sentimiento. El pobre negrito me dice que por qué le quito aquello, que tiene así mucho frío. *¿Ni-ni? ¿Ni-ni?* ("¿Por qué? ¿Por qué?")

A fuerza de repetirle las palabras «Bismark, Kibó, Moshi», y de señalarle un sin fin de veces mi largo recorrido, se da cuenta de que no puede venir conmigo. Le entrego unos chelines, y sus seguidos *¿nis-nis?* ("¿por qué?") los cubre ahora con el *¡sante-sana!* ("¡muchas gracias!").



Este momento de despedida tiene para los dos una fuerza sentimental grandísima. (No sé narrar mi adiós con el negrito: resbalan las palabras, mi corazón no tiene frases para explicar su emoción.)

Nos hemos mirado. Ambos reflejamos nuestro sentimiento. Acaso, los dos pensamos lo mismo. Yo ahora recorro imaginativamente la ruta de selva que él tiene que andar; es probable que él piense en la mía. Los dos nos debemos de compadecer mutuamente.

Jamás despedida de persona alguna, ha dejado en mi sentir huella tan marcada, tan subterránea. Estoy eternecido. ¡Dejarte negrito! ¡Que no nos veamos ya más! ¡Que

tenga que ir en opuesta dirección a la tuya! ¡Que no pueda acompañarte hasta tu casa! ¡Injusta es la vida! ¡Sí! Tras de noche tan memorable, un dejarnos tan duro. ¡Me duele esta separación más que la muerte de un ser querido!

* * *

Hay que marchar, hay que seguir adelante, y te he de mirar por última vez (Cuanto más te miro, más siento dejarte). ¡Por fin!... Enternecido, lleno de pasión amorosa, ardiendo en la llama del dolor de la separación, cojo al negrito entre mis brazos y pongo mis labios en su dura y fría frente, y así nos despedimos.

Indiferente a todo.—Los dos ya nos damos la espalda y seguimos nuestra ruta. Al doblar la vista, le veo que vá cabizbajo, moviendo su machete. Voy a internarme en estos momentos en la selva, y ya no nos veremos más: la adusta señora echa su telón.

Domina en mí de tal forma la emoción de la despedida que ni me doy cuenta al pasar por estas tenebrosidades, del gran guirigay de los bichos. (¡Buen jaleo, el que está armando!)

¡Pobre negrito! ¡Pobre negrito!... No pienso en otra cosa. ¡Pobre negrito! ¡Pobre negrito! Mis pensamientos dan y dan vueltas a estas palabras al tiempo que los oídos escuchan indiferentes tanto ¡grag-grag!, ¡gui-gui!, tanto ¡chi-chi!, tanto escándalo, que de cogerme friamente, sin estas preocupaciones interiores, me haría prestar atención e ir precavido y temeroso por esta selva, más oscura, más amarga y más misteriosa que las abandonadas ayer.

Son las las seis y media. Llevo las extremidades inferiores completamente mojadas. El rocío se ha posado en todos los rincones, y no hay hierba que al moverla no suelte sus gotas de agua.

Andrés Espinosa.

